

La perspectiva regional y local. Un camino posible para una historia argentina renovada

Susana Bandieri³

Cuando Ernesto Bohoslavsky, Daniel Lvovich y Guadalupe Ballester tuvieron la excelente idea de organizar las *Jornadas de Discusión “Historia Argentina, nuevas miradas para viejos problemas”*, realizadas en la Universidad Nacional de General Sarmiento en abril de 2018, el momento era deliberadamente oportuno para presentar la colección en tres tomos que acabábamos de publicar con Sandra Fernández (Bandieri y Fernández, 2017), que justamente encerraba esa intención de mirar con otros ojos los viejos problemas de la historiografía nacional.⁴ La perspectiva local y regional, desarrollada por diversos colegas, individual y colectivamente, desde y sobre distintos espacios del país, era la materia prima para ello. No por los espacios estudiados en sí mismos, que nada dicen por sí solos, sino por las líneas problemáticas que encaraban, rompiendo con la tradicional mirada de una “historia nacional” todavía muy generalizante y homogeneizadora.

En efecto, como sosteníamos en un artículo reciente (Bandieri, 2018), si observamos las producciones historiográficas que pretenden cubrir la denominada “historia nacional argentina”, aún en aquellas versiones publicadas en los últimos años, y más acentuadamente todavía si prestamos atención a los mapas que las acompañan –que no hacen otra cosa que reproducir acríticamente aquellas imágenes que nos provee el sistema educativo para enseñar en las aulas–, rápidamente observamos el peso que todavía tiene una visión centralizada de la historia argentina, donde los procesos se recluyen dentro de los límites de la soberanía territorial del país. Del mismo modo, las llamadas “fronteras internas” entre las sociedades indígenas e hispano-criollas parecen actuar como verdaderas vallas para la circulación de bienes y personas, lo cual implica que espacios como el propio –en este caso la Patagonia– sigan representados como vacíos o, lo que es lo mismo, “desiertos”, hasta el último cuarto del siglo XIX. Es decir, se sigue repitiendo, en muchos casos, una historia que no supera los viejos esquemas interpretativos, mientras que los límites territoriales

3 Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas/Universidad Nacional del Comahue. Instituto Patagónico de Estudio de Humanidades y Ciencias Sociales. Argentina. Correo electrónico: susana.bandieri@gmail.com

4 Agradezco los sugerentes comentarios de los organizadores del evento, así como los de Andrea Andújar, Silvana Palermo y Andrés Freijomil.

del Estado-nación, consolidado hacia 1880, parecen interrumpir todo tipo de contactos con los países vecinos, produciendo una evidente tensión entre las visiones generalizadoras y homogéneas de la denominada “historia nacional” y las situaciones heterogéneas y variadas de los espacios que la integran, en gran parte vinculados entre sí y a territorios fronterizos. Evidentemente, esto no es otra cosa que una derivación, y por cierto notable supervivencia, de los trabajos que retomaban, desde otra vertiente conceptual, los estudios que en épocas más pretéritas acentuaban el énfasis en el Estado nacional y en sus etapas de consolidación. Como bien dice Knight (1998), quedan vigentes todavía los “impulsos moribundos por generalizar”, aunque cada vez más se coincide en la necesidad de incorporar otras miradas y elaborar nuevas síntesis sobre la base de incluir una importante y densa producción historiográfica construida por las investigaciones locales y regionales que, lejos de marginar la perspectiva nacional, la incorporan y complejizan a partir de las pluralidades de los espacios y de las temporalidades, tal y como se pretende en la colección presentada.

Haciendo historia regional en Argentina

Ahora bien, quienes hacemos historia desde perspectivas locales y regionales en Argentina con metodologías más o menos novedosas, muchas veces nos vimos obligados a explicar conceptualmente lo que investigábamos, habida cuenta de que nuestras producciones casi siempre se consideraban como de menor rango académico, o al menos así lo era en las décadas de 1980 y 1990. Mientras que en muchos países de América Latina (México, Brasil, Colombia, entre otros) la historia regional ocupaba un lugar de privilegio y contaba incluso con publicaciones reconocidas, específicamente dedicadas al tema, en Argentina, en cambio, su uso estuvo casi siempre relegado a la costumbre y rara vez se reconoció su entidad conceptual. En muchas oportunidades, parecía –o parece todavía– que “lo regional” engloba a todos aquellos estudios no referidos a la pampa húmeda, mientras se asocia su pertenencia historiográfica a alguna de las regiones geográficas que tradicionalmente se reconocen en el interior del territorio, como son los casos del Noroeste, Nordeste, Cuyo, o la misma Patagonia, por ejemplo. Otra idea –presente en los congresos que con regularidad organiza la Academia Nacional de la Historia– contraponen lo “nacional” con lo “regional”, entendiéndose por esto último la parte que el evento destina a la producción historiográfica de la provincia que eventualmente funciona como sede del congreso. No se discute demasiado sobre la validez operativa del concepto y, si se lo hace, se lo rechaza mediante la atribución de resabios conceptuales estructuralistas que no conciben con los paradigmas

vigentes (Santamaría, 1995) o por considerar que la noción de región carece de verdadera sustancia histórica (Chiaromonte, 2008).⁵ Por otro lado, y en contradicción con ello, resulta evidente el creciente surgimiento de centros, producciones y posgrados específicamente destinados a los estudios regionales en distintas universidades del interior del país, sobre todo en los últimos años.

Ahora bien, si la validez epistemológica de la perspectiva regional y local se discute todavía ¿cómo denominamos a nuestro objeto de estudio aquellos que consideramos que hacer “historia provincial” no sirve para alcanzar niveles explicativos adecuados, y que las “historias nacionales” generalmente desconocen realidades ajenas a los espacios académicos dominantes? Tema éste que se complejiza aún más cuando se trata de historiar áreas rezagadas y marginales como las propias, cuya situación “provincial” recién se definió como tal a mediados de la década de 1950. En otras palabras, ¿cómo inscribir nuestros objetos de estudio en contextos lo suficientemente amplios como para permitirles conservar su especificidad y dinámica interna, volviéndolos a la vez operativamente comparables con los contextos nacional e internacional vigentes?

La respuesta a estos interrogantes exige repetir algunas aproximaciones, en este caso muy breves, al problema de la definición de la escala de observación, porque es en este punto donde la práctica de la “historia regional y local” puede volverse operativa, sobre todo si se evita su delimitación anticipada y se atiende a las interacciones sociales que, en última instancia, permitirán la definición de un ámbito espacial que haga avanzar en niveles explicativos del comportamiento de lo social en un espacio más reducido. Tales interacciones siempre responden a realidades macro-sociales más amplias, las enriquecen y aún pueden llegar a corregir sus interpretaciones generalizantes. En definitiva, lo que importa no es la denominación que demos a la escala de observación de nuestro objeto de estudio, sino la manera de abordarlo. Ocurre que, cuando de hacer historia regional se trata, el primer problema a resolver parece ser, casi siempre, el referido a la delimitación previa del espacio a estudiar y es allí, justamente, donde la operatividad de esta perspectiva historiográfica corre el riesgo de volverse nula.

Ya Carlos Sempat Assadourian (1982, pp. 136-137) planteaba, sobre

5 Es conocido que para José Carlos Chiaromonte (2008, p. 7) la región no existe o, al menos, las infructuosas tentativas por definirla “proviene de supuestos inconscientes que han convertido el vocablo en un cliché, carente de real sustancia histórica”. No podemos menos que coincidir con el autor cuando por regiones se entienden a las viejas divisiones mencionadas, impuestas por la costumbre y el propio devenir historiográfico, más vinculadas a determinadas posiciones geográficas y decisiones políticas que a definiciones derivadas de objetos específicos de estudio (Bandieri, 2016). Aunque, como el propio Chiaromonte (p. 16) reconoce “esto que llamamos, mal o bien, ‘historia regional’ en una necesidad... dado que se hizo necesario modificar una perspectiva historiográfica deforme, fruto del “centralismo”... lo que ha dado como resultado un relato histórico en el que se ha descuidado lo concerniente al resto del país”.

comienzos de la década de 1970,⁶ la necesidad de recuperar la noción de “espacio económico” frente a las limitaciones que ofrecían para el análisis empírico los recortes territoriales basados tanto en los espacios nacionales como en los exclusivamente locales, unos por demasiado homogeneizadores y otros por excesivamente pequeños y descontextualizados. Los espacios socio-económicos debían reconstruirse en la investigación histórica atendiendo a un sistema de relaciones internas y externas que se modifican en cada período, uno de cuyos elementos sobresalientes era la circulación de mercancías, pero también lo eran el estudio de las relaciones políticas, económicas y sociales.

En este mismo sentido, decían *Ciro Cardoso* y *Héctor Pérez Brignoli* (1979, p. 83): “estando en un punto cualquiera, no estaremos dentro de uno, sino de diversos conjuntos espaciales”, lo cual nos lleva necesariamente a reconocer la existencia simultánea de varios tipos de regiones que se recortan y superponen entre sí. De modo tal que el historiador, como sostiene *Pierre Vilar* (1976, pp. 36-37), debe prestar especial atención a los cambios temporales de la espacialidad y a su variación social, porque sus “regiones” cambiarán de acuerdo a la época y a las finalidades de su estudio.

Puede sostenerse entonces que la única manera posible de volver operativo el concepto de región es su construcción a partir de las interacciones sociales que la definen como tal en el espacio y en el tiempo –tema abundantemente desarrollado por la denominada “geografía crítica” (*Santos*, 1985; *Sánchez*, 1991; *de Jong*, 2001)–, dejando de lado cualquier delimitación previa que pretenda concebirla como una totalidad preexistente, con rasgos de homogeneidad preestablecidos. Sí, como bien dice *Pedro Pérez Herrero* (1995, p. 9), la historia regional puede ayudar a resolver “las tensiones entre generalización y particularización y a reconciliar la perspectiva microscópica con la macroscópica, facilitando la combinación de los distintos enfoques de las ciencias sociales, separados e incluso enfrentados desde la división que el positivismo hiciera de las mismas”, solo puede hacerlo, agregamos, a partir de una perspectiva conceptual como la planteada.⁷ En resumen, la perspectiva histórica regional, al igual que la local, no deben ser concebidas como objetos de estudio en sí mismos, sino como un recurso metodológico de análisis científico para

6 Los aportes de *Sempat Assadourian* sobre el tema se encuentran incluidos en una serie de artículos realizados entre los años 1971 y 1979, publicados en forma conjunta por el Instituto de Estudios Peruanos (*Assadourian*, 1982). Una versión más renovada en *Assadourian y Palomeque* (2010).

7 En esta selección de trabajos metodológicos sobre los estudios regionales en México, su compilador valora especialmente la operatividad historiográfica del enfoque regional. La región sería, al decir de *Pérez Herrero* (1991, p. 5), “un ente vivo en permanente movimiento, constituido por un espacio no uniforme, sin una frontera lineal, precisa y con una estructura interna propia”. A partir de la construcción regional, sostiene, “lograremos una comprensión más profunda de las interrelaciones entre los factores endógenos y exógenos regionales, evitando así caer tanto en los defectos de las historias ‘localistas’, como en las generalizaciones de las historias homogéneas nacionales”.

el acercamiento comprensivo a una realidad social determinada en un espacio acotado, siempre en relación con una totalidad más abarcativa.

Haciendo historia regional en Neuquén

En nuestro caso en particular –el contenido y propósito del dossier nos obliga necesariamente a la auto-referencia–, las razones de la inclinación temprana por los estudios históricos desde esta perspectiva tuvieron motivaciones variadas que, entiendo, se iniciaron en relación con el fuerte contenido regional que caracteriza a la Universidad Nacional del Comahue –con sede central en la ciudad de Neuquén y delegaciones en el conjunto norpatagónico–, de la que soy egresada y donde he desarrollado toda mi carrera docente y de investigación. Ello planteaba desde el vamos un necesario compromiso con la obligación de dar respuesta a los requerimientos de la sociedad que la contiene. Por otra parte, la existencia de fuentes documentales –al menos de algunas– y de informantes calificados en la zona, facilitaba la producción de conocimiento histórico regional.

También actuó el convencimiento de la necesidad de aportar investigaciones nuevas, que desde distintos ámbitos del país contribuyeran a complejizar una historia nacional construida muchas veces con criterio “pampeano” y fuerte orientación atlántica, que repetía los vicios característicos del proceso de consolidación del Estado nacional y del modelo económico dominante, desconociendo las especificidades de los procesos históricos de espacios periféricos a ese modelo, particularmente en las últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX, a las que dedicaba, por otra parte, mis tareas docentes. Creemos también, en este sentido, que el macro-crecimiento de los centros académicos de primer nivel en el área pampeana coadyuvó a este proceso de construcción historiográfica, así como lo hizo la carencia o escasez de los mismos en otras zonas, situación que, como ya dijimos, se ha revertido notablemente en las últimas décadas por el impulso que alcanzó las perspectivas históricas locales y regionales que hoy se desarrollan en diversas universidades del interior del país.

El hecho de estudiar, además, procesos socio-económicos en áreas andinas mediterráneas, sirvió también para afirmar la idea de que era preciso desmitificar viejas creencias con respecto a que la unificación política que acompañó al proceso de consolidación del Estado nacional argentino había derivado, como consecuencia inmediata, en la unificación económica plena del país en el último cuarto del siglo XIX y, en concordancia con ello, que la ocupación económica y social de la Patagonia habría tenido una orientación exclusivamente atlántica.

Pero necesariamente debo reconocer que, cuando comenzamos a realizar investigación histórica regional de manera más sistemática, allá por mediados de la década de 1980, después de la apertura democrática en el país, también lo hacíamos imbuidos de algunos preconceptos sólidamente instalados en la historiografía local y muchas veces incorporados en la documentación oficial. Partíamos, en principio, de hacer una historia de Neuquén encerrada en los límites del antiguo Territorio Nacional, luego provincia de igual nombre. Aunque no desconocíamos los importantes vínculos socioeconómicos existentes entre las sociedades indígenas y las hispano-criollas que articulaban ambos márgenes de la cordillera de los Andes antes de que los Estados nacionales –Argentina y Chile– se definieran como tales, entendíamos que la llegada del ferrocarril al vértice oriental del territorio y el consecuente cambio de la capital desde Chos Malal, en el norte neuquino, a ese punto, en el año 1904, había reorientado definitivamente el funcionamiento socio-económico de la región hacia el Atlántico. La misma documentación oficial así parecía indicarlo.⁸ Con el avance de nuestras investigaciones pronto descubrimos que el centro socio-económico regional, pese a los buenos deseos del ministro, seguía estando en las áreas andinas, lo cual era fácilmente comprobable en distintas fuentes documentales de carácter cuantitativo y cualitativo.

Entonces optamos por estudiar las relaciones sociales producidas alrededor de las actividades dominantes en el norte de la Patagonia –en principio la ganadería–, reconstruyendo las formas de producción, transformación, comercialización y consumo, y desprendiendo de ellas la conformación de estructuras políticas y sociales que, en última instancia, nos sirvieron para definir en cada tiempo y para cada objeto de estudio un determinado espacio regional. En ese sentido, los indicadores más importantes fueron aquellos que nos posibilitaron identificar a los sujetos sociales intervinientes y sus diversas interacciones a uno y otro lado de los Andes.

Esto nos demandó, en primer término, trabajar en la reconstrucción de los circuitos mercantiles, lo cual permitió comprobar la supervivencia de las antiguas formas indígenas de comercialización del ganado regional en el mercado chileno. En un claro ejemplo de economías complementarias, mientras el área de cría se encontraba en el oriente cordillerano, la transformación, el

8 El entonces Ministro del Interior Joaquín V. González, justificaba de esta manera la medida: “me ha traído al convencimiento de que la capital del Neuquén debe levantarse en el amplio valle que comienza al pasar el río. Si bien es cierto que esta posición no es materialmente central con respecto al territorio, es en cambio de alta significación económica y política, primero porque consulta los agentes más poderosos de civilización actual y segundo porque en vez de impulsar el comercio de adentro hacia afuera, como sucede hoy, lo incluirá fuertemente de afuera para adentro, siguiendo las corrientes centripetas auxiliadas por vías férreas y fluviales que concurren al Atlántico con su gran puerto de Bahía Blanca...”. Telegrama del Ministro del Interior al Gobernador de Neuquén Carlos Bouquet Roldán. 7 de abril de 1904. Libro Copiador T/1904. Archivo Histórico Provincial, Neuquén.

consumo y la comercialización se efectuaban en las ciudades y puertos del Pacífico sur. Por supuesto que la llegada del ferrocarril a la nueva capital de Neuquén a principios del siglo XX había introducido cambios, pero éstos no habían afectado en demasía el funcionamiento tradicional de las áreas andinas. La pregunta era entonces ¿hasta cuándo habían durado estas formas tradicionales del funcionamiento socio-económico regional?

Posteriores avances en la investigación indicaron que recién alrededor de los años treinta ambos Estados, argentino y chileno, habían comenzado a tomar medidas arancelarias y a colocar límites al comercio cordillerano de ganado, que se habría cortado definitivamente, al menos en términos legales, en la segunda posguerra. La hipótesis que entonces manejamos era que la crisis del modelo agroexportador y la profundización de la etapa sustitutiva de importaciones producidas en esos años, requirió de mercados nacionales más firmemente controlados. Pronto descubrimos que esta nueva periodización, que resultaba válida para la Norpatagonia, también lo era para otras áreas andinas productoras de ganado del país, marginales y periféricas al modelo agroexportador, tal y como pudo demostrarse con la publicación de una serie importante de trabajos de colegas argentinos y chilenos que investigaban el tema (Bandieri, 2001).

La verdadera integración al mercado nacional de estas regiones habría sido entonces producto de un proceso muy largo y complejo, especialmente para los sectores de escasos recursos que antiguamente comercializaban sus animales en el mercado trasandino, y no se había producido en 1880 sino en las décadas del 1930 y 1940. Más adelante demostramos que esta periodización no solo era válida en términos económicos, sino que también era aplicable a una serie muy importante de factores vinculados a la preocupación por “argentinar” la Patagonia, preocupación por cierto no ajena a las huelgas de los obreros rurales santacruceños de la década de 1920 y a la intencionalidad de los grupos nacionalistas que poco después dominaron la política nacional. De esa manera, una serie de instituciones y agentes estatales se hicieron presentes en la Patagonia a partir de la década de 1930 (Gendarmería, Vialidad Nacional, Parques Nacionales, escuelas de frontera, sucursales del Banco de la Nación Argentina, Yacimientos Petrolíferos Fiscales, Yacimientos Carboníferos Fiscales, medios radiales nacionales, entre otros) consolidando una presencia estatal hasta entonces relativamente débil (Bandieri, 2009).

En el caso de la Patagonia, los resultados de la investigación regional sugirieron una nueva periodización para una presencia estatal más definitiva que no se correspondía con los años 1880 sino con las décadas de 1930 y 1940, cuando los gobiernos de turno realmente se preocuparon por “argentinar” los

territorios del sur, lo cual también puede relacionarse con el otorgamiento del voto a sus habitantes a mediados de la década de 1950. Asimismo, se impuso una nueva espacialización de las relaciones socio-económicas, no sujeta a los límites políticos nacionales y/o territoriales, que necesariamente debía incorporar a la frontera andina como un espacio social construido históricamente, de gran dinamismo y alta complejidad (Bandieri, 2013).

En resumen, hacer historia socio-económica de Neuquén, tanto en sus etapas de Territorio Nacional como de provincia, no alcanzaba por sí misma para aproximarnos comprensivamente a nuestro objeto de estudio. Las variables espacio-temporales se habían modificado sustancialmente a partir de la investigación regional, lo cual derivó en la recurrencia de publicar estos resultados para su incorporación en la historia argentina y en el campo de la enseñanza de la historia. Además, y esto es fundamental para quienes hacen investigación desde esta perspectiva, en insistir en que las periodizaciones y los marcos espaciales para nuestros trabajos nunca deben establecerse *a priori* –porque repetiríamos aquello que estamos tratando de corregir–, sino que inevitablemente surgen como producto de nuestro propio objeto de estudio.

Batallas perdidas, batallas ganadas

Aun cuando el término “batalla” solo se usa aquí en sentido metafórico, resulta indudable que ha costado y todavía cuesta a quienes sostenemos la importancia operativa de la construcción histórica regional que se acepte nuestra perspectiva conceptual y metodológica. Eso hizo, en mi caso personal, que perdiera el interés por mantener la pelea, en sí misma carente de sentido, y demostrar, en todo caso, la validez empírica que podían llegar a tener mis investigaciones. Diría que lo segundo me fue devuelto en un reconocimiento académico que valoro sobremanera.⁹ Lo primero, aún cuando ya no tenga interés personal en publicarlo, ha permitido que mi forma de encarar los estudios regionales, sumada a la de otros colegas que han realizado esfuerzos similares,¹⁰ sea tomada como referencia conceptual y metodológica por quienes desarrollan investigaciones en otros centros académicos del interior del país, lo cual ha derivado en la demanda para el dictado de numerosos seminarios de posgrado. En definitiva, el tema está instalado, lo cual no quiere decir que todavía no quede mucho por hacer.

⁹ No puedo dejar de mencionar aquí la generosa invitación que Chiaramonte me hiciera oportunamente para incluir mi *Historia de la Patagonia* (2005) en la colección de Historia argentina que bajo su dirección publicó la Editorial Sudamericana, con una segunda edición en 2009 y una tercera en 2011.

¹⁰ Ver, como ejemplos, los trabajos incluidos en Fernández y Dalla Corte (2001); Fernández (2007).

Rescato en este punto algunas de las reflexiones que realiza Ernesto Bohoslavsky en su texto que integra esta sección con respecto a la agenda pendiente. Efectivamente, faltan esfuerzos comparativos, lo cual permitiría realizar una síntesis que la colección que compilamos con Sandra Fernández dista mucho todavía por lograr, aunque avanza en ese sentido al estructurarse en grandes ejes problemáticos. También falta que quienes cultivamos el oficio profundicemos las lecturas de los trabajos que se producen en el conjunto nacional. Es cierto que son muchos y variados, pero solo así podremos lograr visiones más complejizadas y heterogéneas de la historia argentina.

En definitiva, y volviendo al tema de la perspectiva local y regional, importa menos cómo le llamemos a nuestra forma de hacer historia, que en definitiva no deja de ser solo un problema de escala, que sostener la preocupación por aumentar el nivel de problematización de la historia nacional en su conjunto.